

*Dejite de Color*  
I.S.B.N.: 956-12-1259-5.  
27ª edición: marzo de 2010

*Obras Escogidas*  
I.S.B.N.: 956-12-1323-0.  
28ª edición: marzo de 2010

Dirección editorial: José Manuel Zúñiga.  
Dirección de arte: Juan Manuel Neira.  
Dirección de producción: Franca Giordano.

© 1993 por Saúl Schkolnik Bendersky.  
Inscripción N° 80.490.  
Santiago de Chile.  
Derechos exclusivos de edición reservados  
por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.  
Editado por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.  
Los Conquistadores 1700.  
Piso 10, Providencia.  
Teléfono 8107400. Fax 8107455.  
E-mail: zigzag@zigzag.cl  
Santiago de Chile.

El presente libro no puede ser reproducido ni en todo ni  
en parte, ni archivado ni transmitido por ningún medio mecánico,  
ni electrónico, de grabación, CD-Rom, fotocopia,  
microfilmación o otra forma de reproducción,  
sin la autorización escrita de su editor.

Impreso por RR Donnelley.  
Antesio Escobar Williams 590, Cerrillos.  
Santiago de Chile.

## ÍNDICE

---

PREFACIO	7
¿Y SI NO FUERA UN CUENTO?	11
OREJAS Y LA HOJA DE LECHUGA	23
YO COMO, TÚ COMES, ÉL COME	33
SE NECESITA UN RAYO DE SOL	41
KULUM, EL HUEMUL TRAVIESO	51
¿POR QUÉ NO SE PUEDE CAZAR UN DODO?	65
¡TODO UN GRANITO DE SAL!	75
¿POR QUÉ LLORAN LOS SAUCES?	87
A CAZAR UNA MOSCA	97
¿QUIÉN ES SAÚL SCHKOLNIK?	105

## ¿Y SI NO FUERA UN CUENTO?

**E**n medio de un inmenso océano había una isla. Era una isla hermosa, con grandes árboles y suaves arroyos.

Distintas especies de animales habitaban en ella, y también vivían allí dos pescadores, Arsenio y Pedro, con sus familias.

Salian todos los días a pescar, y por las tardes conversaban con sus mujeres y jugaban con sus hijos.

---

Un día, al volver de la pesca, vieron en la playa un pequeño cangrejo rojo con una patita herida que trataba con dificultad de llegar al mar.

—Mira —señaló Arsenio—, un cangrejito con una pata lastimada.

—Ayudémoslo —dijo Pedro. Y tomándolo lo llevó hasta el agua.

—Muchas gracias, amigos míos —dijo el cangrejo rojo. Ambos pescadores se dieron vuelta y lo miraron, sin creer en lo que habían oído.

—Por favor, permítanme que yo les ayude a ustedes —dijo hablando nuevamente el cangrejo, pero no recibió respuesta, ya que los pescadores no atinaban a contestar.

—Bueno —agregó entonces—, si no desean nada por el momento no importa; pero recuerden, cuando quieran algo no tienen más que acercarse a la orilla del mar y pedírmelo. Entre mis hermanos y yo podemos fabricar cualquier cosa, usando, por supuesto, los materiales que hay en esta isla en que vivimos —y dicho esto, se sumergió.

Los pescadores regresaron a sus cabañas muy desconcertados, pensando que todo había sido un sueño. Como ese día la pesca no había

estado muy provechosa, la comida fue escasa, y lo mismo sucedió al día siguiente...

Fue por eso que Arsenio decidió pedir un deseo, pero no se lo contó a nadie por temor a que se rieran de él. Caminó hasta la playa y se agachó junto al agua para poder hablar en voz baja, pensando siempre que era muy tonto lo que estaba haciendo.

—Cangrejito rojo —llamó—, ¿me oyes?... este..., si me estás oyendo, me gustaría pedirte algo para nuestra comida...

“Clip clap, clip clap, clip clap” oyó, como si fueran muchos pasitos, y dos enormes pescados aparecieron a sus pies en menos tiempo de lo que se demoró en pestañear.

Feliz, recogió los pescados y corrió a su cabaña. Por el camino encontró a Pedro.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó éste.

—Toma —dijo Arsenio dándole uno de los pescados—, es para ustedes.

—Pero... ¿de dónde lo has sacado? —volvió a preguntar Pedro, sabiendo que su amigo no había salido a pescar.

—¡No me lo vas a creer! —contó Arsenio —pero fue ese cangrejo rojo, ¿te acuerdas?, quien me los dio.

—¡Entonces era verdad lo que prometió! —exclamó Pedro, y devolviéndole su pescado a Arsenio corrió a la orilla. Mientras corría, pensaba: “¡Qué tonto es Arsenio! ¿Para qué pedir pescado crudo cuando lo puedo pedir listo para comer?”

—Cangrejo rojo —pidió—, deseo que me sirvas una buena comida.

“Clip clap, clip clap, clip clap” oyó y a sus pies apareció una deliciosa comida para toda su familia, en menos tiempo de lo que se demoró en pestañear.

Inelia, la mujer de Arsenio, que limpiaba sus pescados, vio pasar a Pedro con la comida ya guisada.

—Pedro sí es un hombre inteligente —le dijo enojada a su marido—: pidió la comida hecha.

—Pero, Inelita... —trató de justificarse Arsenio.

—Mañana irás donde ese cangrejo y le pedirás no sólo la comida, sino también ropa y zapatos nuevos. ¡Buena falta nos hacen!

Así lo hizo Arsenio al día siguiente.

“Clip clap, clip clap, clip clap” oyó y en un instante aparecieron dos pescados y algunas

matas de algodón y un carnero salvaje. Y en otro instante todo fue preparado y curtido y tejido y cortado y cosido y... en menos tiempo de lo que se demoró en pestañear... ¡ahí estaba la comida exquisita, la ropa nueva y los zapatos brillantes para toda la familia!

Por su parte Andrea y Pedro decidieron pedir no sólo ropa y zapatos nuevos, sino también muebles y ropa de cama.

“Clip clap, clip clap, clip clap” se oyó, y otro carnero salvaje cayó muerto, y fueron abatidos algunos árboles y cosechadas algunas plantas, y Andrea y Pedro tuvieron mucha comida, ropa y muebles nuevos en menos tiempo de lo que se demoraron en pestañear.

Arsenio pensó que si el cangrejo podía fabricar muebles, también podría construir una casa.

—Cangrejo —le ordenó—, me construirás una casa de piedra.

Y tuvo su casa de piedra.

Andrea quiso una más grande, y el cangrejito se la construyó.

Comenzó entonces una verdadera competencia entre ambas familias. Si una pedía

doce platos, la otra exigía veinticuatro; si una quería una torre para su casa, la otra reclamaba un castillo.

—Pedro —le dijo un día su esposa—, vi a Arsenio con unos tenedores de oro. Yo también los quiero.

Fue Pedro a la orilla y le pidió al cangrejo unos tenedores y cuchillos de oro.

—Lo siento —fue la respuesta en esa ocasión— pero el oro se acabó, te los daré de plata —y le dio tenedores y cuchillos de plata.

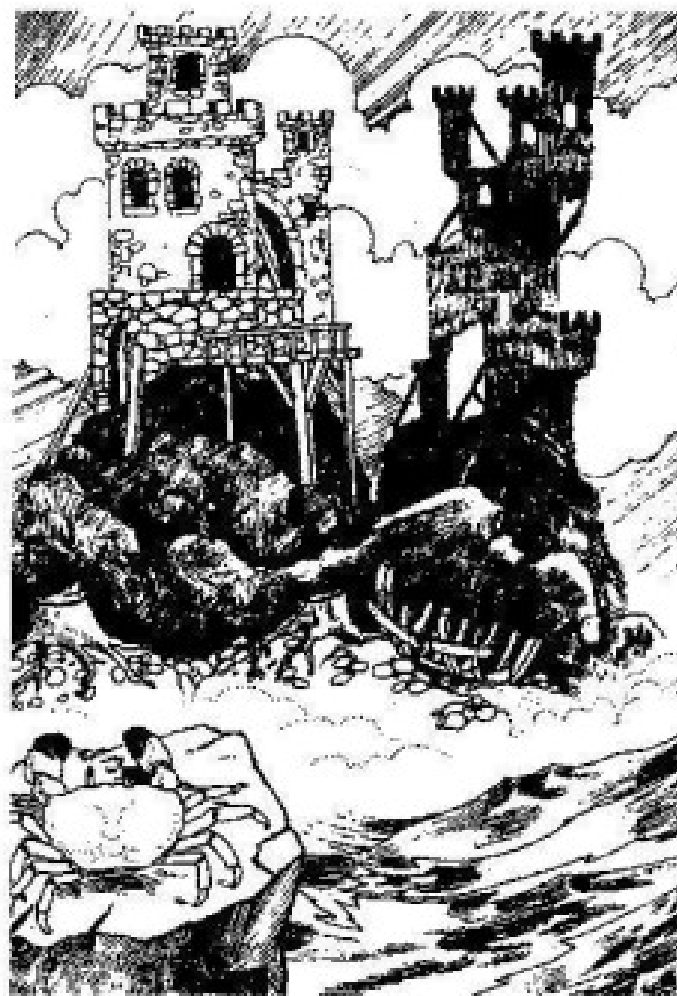
Por supuesto, Andrea se disgustó mucho y retó a Pedro.

Arsenio, enterado de lo que había sucedido, decidió proteger sus tenedores y cuchillos de oro de la codicia de sus vecinos.

—Cangrejo —le pidió—, necesito unas rejas fuertes para defender mi castillo.

“Clip clap, clip clap, clip clap” oyó y nuevos túneles y pozos se abrieron en la isla; el metal fue fundido y las rejas hechas y colocadas en menos tiempo de lo que Arsenio se demoró en pestañear.

Pedro, que tenía un castillo tan grande como el de Arsenio, al ver las rejas que aparecían en el castillo de su vecino, pidió rejas más



fuertes y resistentes, y además un cañón para defenderse.

Y Arsenio pidió varios cañones y Pedro exigió... hasta que un día se encontraron por casualidad a la orilla del mar.

mirándose con recelo y desconfianza cada uno empezó a pedir nuevas cosas.

—Vengo a ordenar nuestra cena y deseo que me cambies todos los manteles por otros más finos —pidió Arsenio.

—Yo quiero todo eso, y además otro juego de muebles para nuestro segundo comedor —exigió Pedro.

—Y yo quiero... —dijeron ambos al mismo tiempo, pero fueron interrumpidos por el cangrejito rojo que se había asomado fuera del agua.

—Lo lamento —les dijo—, pero ya nada más puedo hacer por ustedes.

—¿Cómo! —exclamó indignado Arsenio—, ¿acaso no vas a cumplir tu promesa?

—No es mi culpa —explicó el cangrejo—, yo les dije que podía darles lo que quisieran siempre que tuviéramos los materiales necesarios para fabricarlo.

—Muy bien —dijo Pedro—; entonces, ¿por qué no puedes hacerlo ahora?

—No puedo —dijo el pequeño animal— porque ya no quedan árboles, ni minerales, ni plantas, ni animales. Ya no queda nada. La isla es sólo una roca desnuda.

Pedro, Arsenio, Inelia y Andrea miraron sorprendidos a su alrededor.

Hacia mucho tiempo que no miraban la isla, preocupados como habían estado de tener y tener más cosas. El cangrejo rojo tenía razón: quedaba sólo la roca desierta, sin aves, sin vegetación, con solamente dos enormes y arrogantes castillos de piedra.

—¿Sabes, Arsenio? —dijo Pedro—, no sé para qué quise tener rejas y cañones.

—Nos sobran piezas y muebles —reconoció Inelia—, y también ropas y adornos.

—Creo que hemos destruido nuestra isla pidiendo cosas que no necesitábamos —dijo apenado Arsenio—; hemos derrochado todos sus recursos y bellezas creyendo que eran inagotables.

—¡Ojalá pudiéramos recuperar nuestra hermosa isla! —exclamaron todos, pensando en lo mismo.

—¿Puedes concedernos un último deseo? —preguntaron.

—Siempre que sea transformar una cosa en otra, puedo hacerlo —les contestó el cangrejo.

—Sí, sí —dijeron todos a un tiempo—; lo que queremos es que vuelvas a cambiar todas las cosas para que la isla sea nuevamente lo que era antes de que te conociéramos.

—Pero desaparecerán los castillos, los muebles elegantes y casi todo lo que ahora poseen —les advirtió el cangrejito rojo. Y como ellos estuvieran de acuerdo...

“Clip clap, clip clap, clip clap” oyeron, como si fueran miles de pasitos recorriendo la isla. Desaparecieron los castillos, las rejas y todas las cosas elegantes y superfluas; y reaparecieron los grandes árboles y los animales salvajes, y se llenaron los túneles y los pozos. La isla reverdeció quedando como antes había sido.

También aparecieron las cabañas, las ropas sencillas y los pequeños botes, y todo sucedió en menos tiempo de lo que se demoraron en pestañear.

—Gracias, cangrejito —le agradecieron— ¡Muchas gracias! Ahora aprovecharemos, sin abusar, de las riquezas de nuestra isla —y se encaminaron hacia sus hogares.

Pero Arsenio quedó pensativo, y dirigiéndose al cangrejo le preguntó:

—Dime, ¿cómo has podido lograr que todo vuelva a ser como antes? ¿cómo has podido hacer para que el tiempo haya retrocedido? ¿cómo has podido hacerlo?

Y contestó el cangrejo mientras se sumergía:

—He podido hacerlo porque sólo se trata de un cuento.

## OREJAS Y LA HOJA DE LECHUGA

**E**n un gran laboratorio vivía un conejito blanco a quien todos llamaban Orejas. Vivía con su madre, una coneja blanca, en una jaula por donde Orejas correteaba todo el día, mientras la mamá, muy sabia y curiosa, escuchaba las conversaciones de los científicos.

De esta manera la coneja había aprendido muchas cosas.

Orejas también era curioso y observador

como su madre, y siempre, hacía preguntas muy parecidas a las que hacen todos los niños y los conejitos blancos.

“¿De dónde vine yo, mamá?”

“¿Qué hay más allá de las estrellas?”

“¿Qué hacen tantas personas con mandil?”

La mamá coneja respondía con cariño y paciencia todas las preguntas de su pequeño hijo.

Un día, Orejas, mirando a través de los grandes ventanales del laboratorio, observó los maceteros que había en ellos y notó que las plantas habían crecido mucho.

—Mira, mamá —dijo—, mira qué grandes están las plantas en la ventana.

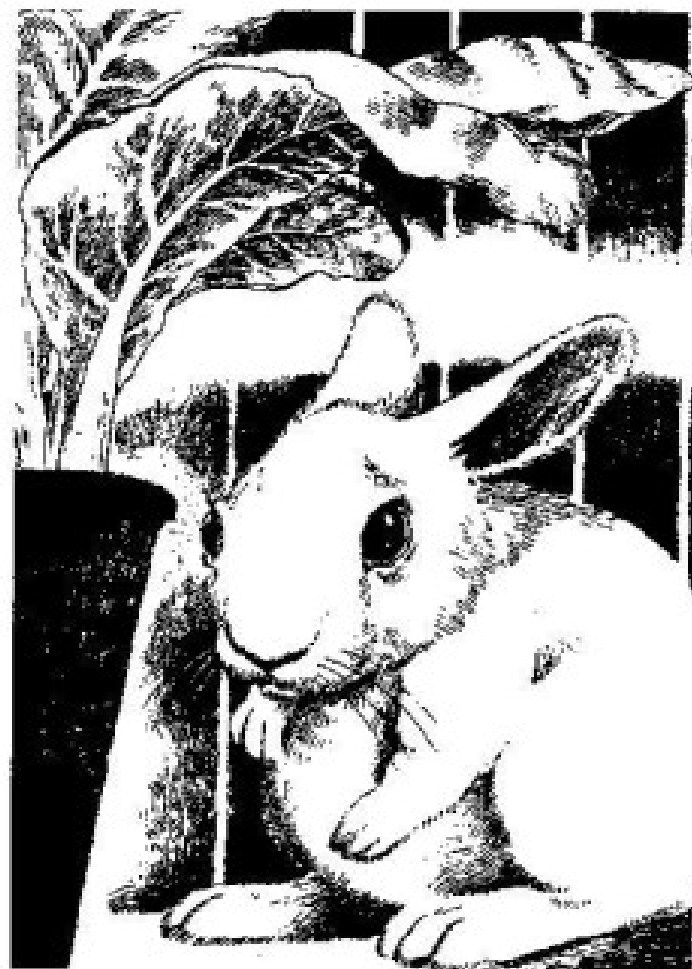
—Tienes razón, Orejas —contestó su madre—, han crecido muy rápido.

—¿Y cómo hacen las plantas para crecer? —preguntó el conejo.

¡Ajá!, pensó la mamá, ¡otra de esas preguntas! Y acomodándose, respondió:

—Bueno, es algo complicado de contestar sin usar palabras difíciles, pero trataré de hacerlo.

El conejito blanco, al ver que su madre se



acomodaba, se sentó sobre sus patitas traseras, movió la cola y se dispuso a escuchar.

—Si te fijas, verás que las plantas tienen un tallo que sale de la tierra. Pues bien, al final de ese tallo hay muchas raíces con las que la planta chupa el agua del suelo.

—¿Por eso las riegan todos los días? —preguntó Orejas, que, como hemos dicho, era muy observador.

—Claro —contestó la coneja—, y si miras las plantas podrás ver que todas ellas tienen hojas.

—Sí, mamá; pero son muy diferentes: unas chiquitas y otras muy grandes...

—Así es —aceptó la mamá—. Pero, ¿en qué se parecen todas ellas?

Orejas pensó un ratito y respondió: —¡Ya sé! En que todas son verdes.

—Muy bien —dijo la coneja sonriendo.

—Como esa hoja de lechuga —agregó Orejas señalando una hoja de lechuga que había en el comedero.

—Así como esa hoja —respondió su madre.

La Hoja de Lechuga, al oírse nombrar puso atención a la conversación.

“¡Están hablando de mí!”, pensó.

—Y también podrás ver —siguió diciendo la

coneja blanca— que las plantas están colocadas en lugares en que reciben la luz del sol.

El conejito blanco miró las plantas y vio que, efectivamente, todas estaban puestas de modo que recibían la luz del sol.

“Nos encanta el sol”, pensó la Hoja de Lechuga por su parte.

—Cuando los rayos del sol llegan a la hoja —continuó explicando la madre—, ésta recoge un gas que hay en el aire...

—¿En el aire? —se extrañó Orejas—; pero si en el aire no hay nada.

—Oh no, Orejas —le aclaró la coneja—, el aire es una mezcla de muchos gases diferentes que tú no puedes ver, porque los gases están hechos de granitos muy, muy, muy chicos.

—En el aire... —siguió diciendo la coneja— hay... —pero se interrumpió al ver que Orejas miraba fijamente al techo.

—¿Qué miras, Orejas?

—Estoy tratando de ver un granito de gas —contestó éste.

“¡Qué conejo tan tonto! —pensó la Lechuga—, ¡si ya le dijeron que no se podían ver a simple vista!”

—Pero en verdad no veo nada... ¿Y cómo se

llaman esos gases? –preguntó el conejito.

–Los más abundantes se llaman nitrógeno, oxígeno, dióxido de carbono...

–¿Quééééé? –exclamó Orejas.

–Te dije que eran palabras difíciles –le recordó su mamá–.

Por ahora nos preocuparemos del oxígeno y del...

–O... xi... ge... no –repitió lentamente el conejito.

–Bien, y del dióxido de carbono.

Pero el conejito Orejas no pudo repetir ese nombre porque se le enredó totalmente la lengüita.

“¿Qué conejo tan torpe! –pensó la Lechuga, que se creía muy lista–; se dice diocarbono... no, oxidio... no, dido de oxicar... tampoco... ¡uf!... bueno, no tiene importancia cómo se diga”, –se dijo para consolarse.

–Ya aprenderás a decirlo –lo consoló la mamá–; el dióxido de carbono es un gas que nosotros echamos hacia fuera al respirar, porque no nos sirve, y que las plantas toman del aire. Entonces, usando la luz del sol, lo combinan con el agua que absorben las raíces, y de esa manera fabrican su propio alimento.

“Exacto –pensaba la Hoja de Lechuga–; así lo hago yo. ¡Qué hábil soy!”

Mientras tanto, Orejas se había puesto a soplar y resoplar.

–¿Y qué haces ahora? –, le preguntó su madre.

–Estoy dándole de comer a las plantas –explicó él.

“¿Pero qué conejo tan, tan tonto!”, pensó la Hoja de Lechuga, que sí era muy tonta.

–No es necesario que te esfuerces –dijo la coneja–; hay mucho dióxido de carbono en el aire, y de todas maneras tú siempre lo estás echando fuera al respirar.

Orejas se calmó.

–¿Y qué echamos para adentro? –preguntó.

–Esa es una buena pregunta –aseguró la madre–; nosotros aprovechamos el oxígeno del aire, el gas que las plantas expulsan porque a ellas no les sirve. Por eso las plantas son tan importantes –agregó la sabia coneja–, porque ellas, al alimentarse, dejan libres grandes cantidades de oxígeno. La verdad es que si no fuera por las plantas ningún animal podría vivir en nuestro mundo.

–¿De veras? –preguntó asombrado Orejas.

“Pues ¿qué crees tú? –pensó la Lechuga–, yo soy mucho más indispensable que todos ustedes”.

–Claro –dijo la coneja–, las plantas producen mucho oxígeno y limpian el aire del dióxido de carbono, que es un gas venenoso para los animales.

Orejas aguantó la respiración y empezó a ponerse colorado.

Su madre se dio cuenta y lo calmó.

–No te asustes, hijo; es preferible que respires: no te pasará nada pues hay muy poco de ese gas en el aire.

–Uf –respiró Orejas–; menos mal.

“Pero en realidad, qué conejo tan, pero tan, tan tonto”, pensó la Lechuga, que no entendía a los conejitos.

–Y ésa es la manera como crecen las plantas, comiendo mucho durante todo el tiempo que reciben luz.

“Efectivamente así crecemos”, pensó la Hoja de Lechuga.

–Y los conejitos también deben comer mucho para crecer –terminó de decir la sabia mamá coneja haciéndole un cariño con su hocico a Orejas.

“¡Muy bien dicho! –pensó la Hoja de Lechuga–; ¡si comes mucho, llegarás a ser tan grande aunque no tan inteligente como yo, y hasta es pro...”

Pero la fastidiosa lechuga no pudo seguir pensando porque en ese momento Orejas se acercó al comedero y se la comió.

## YO COMO, TÚ COMES, ÉL COME

Cierta flor amarilla floreció junto a la laguna.

Era la primera flor, hasta donde ella alcanzaba a ver, que florecía.

El viento inclinó su largo tallo y la flor se contempló en el agua quieta y habló a los grillos.

—¡Qué maravillosa soy! —les dijo—, ¡y qué importante! ¿Saben que el agua de la laguna, la tierra, toda esta planta con sus raíces, el sol y el aire, todos, todos trabajan para que yo exista?

—Chirrrr—contestaron los grillos.

En ese momento, una mariposa que revoloteaba se posó en la flor.

—¡Claro que eres importante! —le dijo— porque sirves para que yo me alimente —y con su larga trompa comenzó a beber el néctar de la flor.

—¿Quién te ha dado permiso para robar mi néctar? —preguntó ésta indignada.

—¿Permiso? —exclamó extrañada la mariposa—, pero si las flores están hechas sólo para que nosotras podamos comer... —y se fue volando... —y podemos volar y ser hermosas...

La mariposa iba tan abstraída pensando en su belleza que no se dio cuenta de que una libélula la observaba.

—¡Qué presumida! —le dijo la libélula a una lombriz—. ¡No sabe ni volar bien! —y agregó—: Por supuesto, mi vuelo es mucho más seguro —y volando directamente hacia la mariposa, la cazó con sus poderosas mandíbulas antes que ésta pudiera escapar.

Se detuvo en una piedra junto a la laguna.

—Puede ser que tengas lindos colores —añadió—, pero tienes mejor sabor —y se la comió.

Desde el fondo de la laguna, dos sapos contemplaban la escena.

—¡Mira esa libélula! —le dijo el sapo viejo al sapo gordo—: se está comiendo a la mariposa. ¿Creerá acaso que las mariposas son para comer?

La libélula, posada en la piedra, permanecía muy quieta tomando el sol.

—No sé —contestó el sapo gordo, que era muy conversador y glotón—, lo que sí sé es que las libélulas son un bocado delicioso.

Y desdoblando su larga y pegajosa lengua atrapó a la libélula y se la comió de un solo bocado.

—Nunca he probado comer mariposas —agregó, pero el sapo viejo, notando un ligero movimiento en el agua y presintiendo un peligro, ya se alejaba. Y hacía bien, porque la tenue agitación del agua la había ocasionado una culebra deslizándose en la laguna.

—Por lo demás, ¿a quién le pueden importar las mariposas? —continuaba diciendo el sapo gordo sin darse cuenta de que su amigo ya no lo escuchaba—, cuando lo interesante es que haya muchos bichitos para que nosotros los sapos, los amos de la laguna, podamos comer y saltar y comer y croar y comer y...

Tan distraído estaba el sapo hablando sobre

las cosas apetitosas para comer, que no sintió la presencia de la culebra hasta que ya fue muy tarde.

Abriendo su enorme boca, la culebra se tragó al sapo.

“¡Qué tontos son todos estos animales! —se dijo—; se creen tan importantes, cuando en verdad no son más que un poco de comida para mí, que soy la más astuta, la mejor cazadora, la más elegante de todas las criaturas.”

Anocheceía en la laguna; todos los animalitos que durante el día correteaban, se ocultaban en sus madrigueras o en pequeños rincones para pasar la noche; y todos los animales que durante el día habían dormido comenzaban a despertar para buscar su alimento.

Una lechuza, parada en la rama baja de un árbol cercano, ya había abierto los ojos, e inmóvil, había oído a la culebra y la había visto comerse al sapo y luego quedar flotando perezosamente sobre el agua.

—¡Uhu! —dijo la lechuza—, ahí está mi desayuno —voló reflexionando: “¡Qué privilegiadas somos las aves, que vemos desde lo alto el ir y venir insensato de las pobres criaturas terrestres!”



—¡Uhu! —le contestó el viento del anochecer.

—Sí, señor, lo que yo hago —continuó la lechuza— sí que tiene sentido y está muy bien calculado.

La culebra hizo un movimiento y la inexperta lechuza, que no le había quitado la vista de encima, se dejó caer sobre ella y la apresó con las garras y el pico.

La culebra murió casi al instante, pero con la cola hirió gravemente un ala de la impetuosa y torpe lechuza.

Sin embargo, aun herida, ésta logró llegar a la orilla y allí se comió a la culebra; pero al no poder volar, se echó al suelo.

Aquella noche llovió con fuerza y la lechuza murió a causa de su herida, del frío y de la humedad.

La lluvia produjo derrumbes y el cuerpo quedó cubierto de tierra y piedras junto a la laguna.

En poco tiempo, debido al trabajo de las bacterias, los restos del ave se convirtieron en abono.

Abono que las raíces de una planta recogieron disuelto en el agua y enviaron al otro extremo, donde una pequeña flor amarilla floreció.

—Qué maravillosa soy —les dijo ésta a los grillos— y qué importante. ¿Saben que el agua de la laguna, la tierra, toda esta planta con sus raíces, el sol y el aire, todos, todos trabajan para que yo exista?

—Chirrrr —contestaron los grillos. En ese momento, una mariposa que revoloteaba se posó en la flor....

## SE NECESITA UN RAYO DE SOL

Alejandra jugaba distraídamente en el jardín, no lejos del lugar en que había dejado la planta que su abuela Nena le regalara.

De pronto le pareció escuchar una vocecilla:

–Niñita..., niñita...

–¿Quién me llama? –preguntó extrañada, mirando hacia todos lados.

—Soy yo..., desde una hoja de tu planta —dijo la voz.

Alejandra miró la planta con atención.

—No veo nada —dijo.

—Es que estoy adentro de la hoja y soy pequeñísima.

—¿Y cómo quieres que te vea si estás dentro de la hoja? —preguntó Alejandra—.

¿Quién eres? —Soy una Molécula de Clorofila —dijo la voz.

—No sé lo que es eso —insistió la niña.

—Te lo puedo explicar, pero me gustaría que vinieras a acompañarme —pidió la vozcecita.

—¿Pero cómo quieres que te acompañe? No puedo meterme adentro de la hoja. Soy muy grande, no quepo.

—Puedo hacer que tú quepas..., este... ¿cómo te llamas?

—Me llamo Alejandra.

—Alejandra, sólo tienes que cerrar los ojos y la boca, y apretarte la nariz. Entonces yo contaré hasta tres.

—Estoy lista —avisó Alejandra, haciendo lo que se le pedía.

—¡Uno... dos... y tres! —Alejandra se desinfló

como un globo pinchado y se achicó... y se achicó... y se achicó.

—Ya puedes abrir los ojos —le indicó su amiga.

La niña abrió los ojos.

Todo era de un color verde sombrío.

Frente a ella había algo muy verde, redondo y aplanado como una tortilla de espinacas, y era de su mismo tamaño. La tortilla habló entonces y le dijo:

—Yo soy la Molécula de Clorofila.

Alejandra estaba tan asombrada que sólo pudo responder:

—...¡Hola!...

—¿Deseas preguntarme algo?

—Sí..., este...

—titubeó la niña—, no te veo ni la cabeza ni los brazos ni las piernas...

—No me los ves porque no los tengo.

Nosotros estamos hechas de otra manera, estamos hechas de átomos. Por ejemplo, yo estoy hecha de átomos de carbono, de hidrógeno, de oxígeno, de nitrógeno y de magnesio.

—¡Cuántos átomos tienes! —observó Alejandra.

—Sí —afirmó Clorofila—, soy muy complicada.

—¿Y de qué tamaño son ustedes..., es decir..., somos nosotros? —preguntó la niña, recordando que ahora ella medía lo mismo que la Molécula de Clorofila.

—Imagínate que la Tierra se achicara igual como tú te has achicado, entonces la Tierra tendría el tamaño de una gota de agua.

Pero Alejandra ya no se asombraba de nada.

—Así es que estamos dentro de una hoja —afirmó.

—Así es. Y más precisamente, estás dentro de un cloroplasto.

Alejandra ahora podía ver mejor.

Miró nuevamente a su alrededor.

Vio enormes y altísimos edificios redondos como pilas de monedas, unidas entre sí por largos y finos puentes. Era como una gran ciudad. También vio infinidad de Moléculas de Clorofila, pero todas estaban como dormidas.

—Todo está tan quieto —observó.

—Ese es nuestro problema y por eso te he llamado —indicó Clorofila—.

Mira —y señaló fuera del edificio en que se encontraban.

Alejandra pudo ver unos objetos pequeños



y negros que lloraban desconsoladamente:

–Buh... Buh.

–¿Por qué lloran? –preguntó.

–Son Moléculas de Dióxido de Carbono y lloran porque los echan de casi todas partes. ¡CeOdós!.. –llamó Clorofila. –¿Qué te pasó a ti?

–Snif... A mí me echaron de los pulmones de un niño diciéndome..., snif..., que ya no servía..., snif –contestó un CeOdós.

–Y a mí me expulsaron por la chimenea de una fábrica..., snif..., y a él lo arrojó fuera un volcán... ¡Buuuuuh! –dijo otro.

–¿Por qué les dicen CeOdós? –preguntó Alejandra.

–Les decimos así porque ellos están hechos de un átomo de carbono, Ce, y dos de oxígeno, O dos.

–¿Y están llorando porque también los van a echar de aquí?

–¡Oh, no –exclamó Clorofila–. Ellos son muy útiles para las plantas, pero siempre que nosotras les ayudemos, y ahora no podemos hacerlo; por eso lloran.

Alejandra puso cara de interrogación.

–Ven, te mostraré –le dijo su amiga.

Y llevó a la niña hasta el único lugar al cual

llegaba un rayo de sol. Allí había otra Molécula de Clorofila, justo debajo del rayito.

–Está comiendo sol –explicó Clorofila–.

Nosotras nos alimentamos directamente con los rayos del sol.

De una cañería, en ese momento... ¡plop!..., cayó una bolita transparente.

–Es una Molécula de Agua que nos envían directamente desde las raíces –dijo Clorofila; y agregó a modo de explicación–: HachedosO.

–Yo sé por qué se llama así –la interrumpió Alejandra–; es porque está hecha de dos átomos de hidrógeno y uno de oxígeno, ¿verdad?

En ese momento la Molécula que estaba comiendo sol se acercó a la bolita transparente y ¡pum! de un golpe la partió en dos.

Los dos átomos de hidrógeno quedaron muy abrazaditos en el piso, mientras que el de oxígeno comenzó a flotar.

Cayó otra bolita, y ¡pum! volvió a suceder lo mismo; otros dos átomos de hidrógeno quedaron en el suelo, pero el de oxígeno voló a juntarse con el que flotaba, y entre ambos formaron una Molécula de Oxígeno que se elevó y se elevó...

—¡Cuidado! —gritó Alejandra—; el Oxígeno se está perdiendo...

—No te preocupes, Alejandra, ese Oxígeno sale al aire y será usado por todos los seres vivos para respirar.

—¿Quieres decirme que ustedes producen el Oxígeno que nosotros utilizamos? —preguntó maravillada Alejandra.

—Así es —contestó muy orgullosa Clorofila—; todo el Oxígeno. —Entonces se agachó y recogiendo dos átomos de hidrógeno se los entregó a una Molécula de Dióxido de Carbono.

—Toma —le dijo—; no llores más, te los regalo.

—Snif, muchas gracias, snif —contestó éste, y recibéndolos, los apretó fuertemente y empezó a crecer y a ponerse blanco. Pero como tratara de no seguir llorando, ¡hip!, se le escapó un átomo de Oxígeno que cayó sobre dos de hidrógeno que estaban quietecitos, y se unió a ellos formando una bolita transparente que se alejó rodando.

—¡Una Molécula de Agua! —exclamó entusiasmada Alejandra—.

¡Oye!, ¿adónde vas? —le gritó.

—Me voy a evaporar..., saldré al aire como

vapor de agua y me iré en una nube blanca a viajar por el cielo —contestó desde lejos la bolita.

—¡Qué entretenidas son ustedes las Moléculas! Se pasan átomos de una a otra y van cambiando.

Es como si yo me pusiera las patas de un conejo, las alas de un pajarito y la barba de mi abuelo.

—Entonces ya no serías Alejandra, sino otra cosa —dijo Clorofila—. Y eso es exactamente lo que nos sucede a nosotras.

—Pst, pst —oyeron entonces que alguien llamaba—. ¿Dónde están mis cinco gemelos?

—Tienes que tener paciencia, CeHachedosO —le dijo Clorofila a la sustancia en que se había convertido el CeOdós al recibir los átomos de hidrógeno y perder uno de Oxígeno.

Alejandra calculó mentalmente y llegó a la conclusión de que el nombre CeHachedosO era el que correspondía a aquella sustancia.

No tuvieron que esperar mucho por los cinco gemelos, pues muy pronto aparecieron. Entonces, formando una ronda, se fueron bailando.

—Entre los seis forman una Molécula de Azúcar —le dijo Clorofila.

—Entonces ésta también es una fábrica de azúcar —se admiró la niña—. ¡Cuántas cosas hacen ustedes!

—Hacíamos —aclaró Clorofila—; ahora no podemos hacer ninguna porque nos falta nuestra comida, la luz del sol.

—Pero eso puedo remediarlo yo muy fácilmente —exclamó Alejandra.

—Eso pensábamos nosotras.

—Vuelve a convertirme en una niña grande —pidió, y cerró los ojos y la boca con fuerza y se apretó la nariz. Esperó a que Clorofila contara hasta tres y abrió los ojos.

Ahí estaban el jardín y la casa, y también el macetero con la planta que su abuelita le había regalado.

—¡Qué descuidada soy! —se dijo—; dejé mi planta en la sombra.

Se agachó, tomó el macetero y lo colocó al sol.

Le pareció entonces oír unas vocecillas que salían de todas las hojas de su planta: —¡Gracias, Alejandra...! —decían—, ...gracias...

## KULUM, EL HUEMUL TRAVIESO

**E**n lo más oculto del bosque, donde rara vez alumbraba la luna, está el territorio de los huemules. Son los huemules del bosque. Ellos se alimentan de hojas y hierba tierna. Ahí viven también el pudú, la comadreja y el puma, junto con muchos pequeños animales y pájaros y flores de colores brillantes. La vegetación es exuberante debido a la lluvia y a la humedad permanente.

En medio de este bosque templado, entre coigües, alerces y robles, en un rincón de la quila, nació Kulum, el huemul travieso.

Kulum era hermoso y robusto, pero muy descuidado. Todos los huemules caminaban por senderos, pero él corría por cualquier parte, destruyéndolo todo.

—Kulum —le decía su madre—, no rompas los arbustos.

—¡Pero, mamá! Si es tan lindo pisar las ramas para que crujan.

Su madre callaba, pero los otros huemules movían las orejas demostrando su enojo.

Todos se acercaban al remanso del arroyo para beber y refrescarse, teniendo mucho cuidado de no ensuciarlo, pero Kulum entraba corriendo y removía el barro enturbiando el agua.

—Kulum —le decía su madre—, no entres corriendo al agua.

—¡Pero, mamá, si es tan agradable salpicar hacia todos lados!

Su madre callaba, pero los huemules movían sus orejas en señal de disgusto. Kulum salía del agua mojando a los pequeños animales, perseguía a las mariposas y sacudía

las ramas de los árboles para espantar a los pájaros.

—Kulum —le decía su madre—, no debes molestar a nuestros vecinos.

—¡Pero, mamá, si es tan divertido verlos correr cuando se asustan!

La madre callaba, pero todo los huemules movían indignados sus orejas.

Pasaron los años y el pequeño huemul creció..., pero seguía causando los mismos destrozos. Todos estaban enojados con él. Y por eso, pensando que lo regañaban demasiado, Kulum decidió marcharse.

Y así lo hizo. Pasó junto a varios lagos, todos muy hermosos, pero siguió caminando... hasta que, ya muy lejos de su hogar, aunque siempre en el bosque templado, encontró un bello lugar, frondosos árboles, una laguna de aguas claras y amistosos animales.

Allí se quedó Kulum a vivir. Sin embargo, como estaba acostumbrado a correr por cualquier parte destruyendo la vegetación, en poco tiempo rompió los arbustos y la hierba de su nuevo hogar. Y como estaba acostumbrado a chapotear descuidadamente por el agua, en poco tiempo la laguna se convirtió

en un lodazal. Y como estaba acostumbrado a molestar a los vecinos, en poco tiempo, éstos, disgustados, abandonaron aquel sitio.

Así, pues, Kulum se quedó solo, en un lugar feo y descuidado.

—Bueno—se dijo—, ¡qué lástima que esto esté tan poco acogedor! Tendré que buscar otro paraje más aceptable.

Y partió a buscar un paraje más aceptable. Caminó hasta que los árboles escasearon. El bosque templado fue desapareciendo para dejar paso a matorrales, espinos, boldos y algarrobos.

Entonces divisó un grupo de cisnes de cuello negro y se acercó a ellos.

—¡Qué tal!—los saludó—. Soy el huemul Kulum y busco un lugar para vivir. Aquí hay una hermosa laguna, pero no veo muchos árboles.

—Pues no creo que estos matorrales te sirvan para instalarte—afirmó un viejo cisne—.

Pero, dime, ¿qué haces por acá?, ¿acaso no vives en el bosque?

—Es que me aburrí en él—mintió Kulum, no queriendo contarle al cisne que había destruido su territorio—. Me aburrí y estoy buscando algo mejor.

—Te repito que éste no es un buen lugar para ti. Desde luego no podrás esconderte del puma.

Al oír hablar del puma, el huemul prefirió continuar su marcha.

—De todos modos—dijo—, el pasto y las hojas son muy duros por aquí— y siguió adelante, comprendiendo que no podría vivir en aquella zona.

Cruzó, subiendo y bajando, innumerables cordones cordilleranos y angostos valles, alimentándose apenas con algunas hierbas y bebiendo en algún arroyo ocasional, hasta que una mañana, al echar una ojeada hacia delante, casi no pudo creer lo que veía. Frente a él se extendía un largo y enorme desierto.

—Bueno—dijo, pensando en voz alta—, hasta aquí llega mi búsqueda. Es indudable que ningún huemul puede vivir en un lugar donde sólo hay arena, rocas y cactus.

—Así es—dijo una voz.

Kulum vio un zorro que asomaba la cabeza fuera de su madriguera.

—Pero yo quiero seguir. ¿Qué puedo hacer?

—Te diré: algunas veces he salido a cazar hacia el lado de la cordillera y he visto peque-



ñas quebradas y zanjones donde hay bastantes plantas y muchos bocados deliciosos..., quiero decir, muchos animalitos.

Kulum aceptó el consejo del zorro y se fue bordeando la cordillera, subiendo lentamente hacia las grandes alturas.

El frío era cada vez más intenso y sus patas estaban llenas de heridas; él estaba acostumbrado a la mullida tierra del bosque y no a la piedra dura de la montaña.

“¿Cómo puede vivir alguien en estas soledades?”, se preguntaba.

Pero de pronto, cuando menos se lo esperaba..., apareció algo increíble. Ahí, delante de él, a pocos pasos, había... ¡otro huemul!

Miró hacia todos lados, creyendo por un momento que había vuelto sin querer al bosque, pero no, no era así. Estaba en plena cordillera.

—Hola huemul —saludó el aparecido.

—Hola huemul —saludó él—. Yo soy Kulum, huemul del bosque.

—Y yo soy huemul de la cordillera —le contestó el otro—; tu primo.

Se hicieron muy amigos y juntos recorrieron la alta meseta.



—¿Por qué no te quedas a vivir con nosotros?  
—le preguntó su amigo.

—Agradezco tu invitación —le contestó Kulum—, pero la verdad es que casi no puedo respirar en estas alturas. Por las noches tengo mucho frío y en el día mucho calor. Allá, en mis bosques... —comenzó a recordar con nostalgia—, allá en mis bosques el clima es más parejo, y aunque a veces hace frío, no es tan intenso como acá. No, primo; yo no podría soportar mucho tiempo viviendo en la cordillera.

—¡Bueno!, seguramente yo no podría sobrevivir en tu bosque— le dijo el primo para consolarlo.

Se despidieron y Kulum continuó su búsqueda.

La cordillera comenzó a hacerse más y más baja, y poco a poco fue surgiendo la selva tropical.

Muy rápidamente la selva se hizo infranqueable y Kulum, agotado, se echó a dormir.

—Schht, no te muevas— oyó que alguien le decía despertándolo. El obedeció, buscando con la mirada a quien le había prevenido, pero no vio nada.

—Un jaguar anda cerca— dijo la voz.

Kulum seguía sin ver nada, pero prefirió seguir inmóvil.

Después de un rato la voz volvió a hablar:  
—Ahora ya puedes moverte— le dijo.

Kulum se levantó, y al hacerlo su cabeza golpeó con algo blando.

—Ay— gritaron dos voces: la suya y la otra. Miró lo que había golpeado y vio una cabeza colgando, y más arriba los brazos y más arriba el cuerpo, y más arriba, todavía, las patas.

—¿Qué haces colgado ahí? —preguntó.

—Yo soy un perezoso y así vivo —contestó éste.

Kulum movió la cabeza, sin entender cómo alguien podía vivir siempre colgado.

Intentó comer hojas de los extraños árboles, pero tenían mal sabor; le provocaron incluso un pequeño dolor.

Al pisar una rama, ésta se le vino encima: era una boa. Escapó aterrorizado, hiriéndose con las lianas y troncos caídos en el suelo.

Ese día fue suficiente para que Kulum comprendiera que los huemules no pueden vivir en la selva tropical.

Entonces decidió volver a su bosque.

Y caminó y caminó de regreso hasta que llegó

a una extensa llanura cubierta sólo de pasto. Un animal parado en dos patas se le acercó:

—¿Qué tal? —le dijo—. Te apuesto a que corro más rápido que tú.

El huemul lo miró. Apareció una vizcachita de las praderas y se acercó a ambos.

—No le hagas caso —dijo—. El ñandú es un pájaro muy veloz; más veloz que un caballo.

—¿Un pájaro? —preguntó Kulum.

—Bueno, ¿acaso nunca has visto un pájaro?

—He visto muchos —aclaró—, pero ninguno tan grande como éste.

—¿Quieres comer o no quieres comer? —insistió el ñandú.

—Vamos— aceptó el huemul y se lanzó a toda carrera a través de la pampa. Pero el ñandú era más rápido que él y muy pronto lo dejó atrás.

Kulum siguió corriendo hasta llegar a un viejo ombú, y se echó a su sombra.

Los días que siguieron fueron muy difíciles. El pasto era duro, no había arbustos, el sol lo abrasaba. En más de una ocasión pensó dejarse morir.

Sin embargo, un ciervo pampero viéndolo tan triste le aseguró que si perseveraba otro

poco, llegaría a los bosques. Al oír aquello, Kulum continuó adelante, pues quería volver a su hogar y sabía que en la pampa no podría sobrevivir.

Su esfuerzo se vio recompensado: muy pronto comenzaron a aparecer los primeros árboles y por fin un bosque parecido al suyo.

Sin embargo, allí tampoco le fue bien, pues aunque podía comer y beber agua clara, descubrió que cada rincón del bosque estaba ocupado por otros huemules, y estos lo rechazaban.

—Vete— le decían, moviendo enojados sus orejas porque habían oído hablar de él.

—Este es mi territorio y no quiero que lo destroces.

Kulum agachaba las orejas y seguía caminando. Por un paso cordillerano volvió a cruzar la montaña, y así llegó de nuevo a su propio territorio.

Había pasado mucho tiempo; el agua se había aclarado y los arbustos rebrotado. El huemul se sentó a meditar. Había viajado y visitado muchos lugares, pero sólo podía vivir en este bosque.

Entonces oyó unas pisadas leves que se

acercaban. Era una huemul de pequeñas orejas y fino hocico.

—Hola, Kulum —lo saludó—. ¿Te acuerdas de mí?

—Claro que sí; tú eres Kochi. Pero ¿qué haces acá?

—Salí a buscarte, y cuando encontré este lugar tan destruido supuse que era tu territorio, y decidí esperarte.

—Bueno..., yo fui a ver si encontraba un lugar mejor, pero... —y le surgió una duda—, pero ¿cómo sabías que volvería? —Los huemules del bosque estamos obligados a vivir en él, no podemos hacerlo en otro lugar— respondió la huemul, que era muy sabia.

—También traté de encontrar otro lugar del bosque, pero los otros huemules fueron muy malos y no me lo permitieron —rezongó.

—Kulum —lo reprochó Kochi—, tú sabes muy bien por qué lo hicieron, y también sabes qué es lo que debes hacer.

—Está bien —reconoció él—; ya sé que debo quedarme aquí y que debo ser mucho más cuidadoso.

—Entonces me quedaré contigo— ofreció ella —y entre los dos arreglaremos este lugar de

modo que vuelva a ser hermoso y acogedor.

Así lo hicieron. Y como la naturaleza es generosa, muy pronto los daños que Kulum había ocasionado quedaron reparados, y todo volvió a ser como antes... ¿Todo?... No; no todo: si miramos con atención, veremos a Kuñul-Lemu, como se llama ahora Kulum, caminar con paso tranquilo por un sendero, seguido de Kochi y de tres pequeños huemules que caminan en fila, tratando de no dar ni un solo pasito fuera del sendero.

## ¿POR QUÉ NO SE PUEDE CAZAR UN DODO?

---

**E**n una pequeña y montañosa isla del Mar Índico, llamada Isla Mauricio, allá por el año de 1660, vivía un tejedor famoso por la calidad de sus esteras y sombreros. Nadie supo el secreto de fabricación de los tejidos que él hacía. Nadie excepto yo. Y como Berto, el tejedor, murió hace ya muchos años, creo que te lo puedo contar.

En la Isla Mauricio crecían esbeltas palmeras, de cuyos frutos, unos coquitos que

tenían la cáscara dura y gruesa cubierta con una capa de fibras, y que no eran mayores que un huevo de gallina, nuestro tejedor obtenía el material para sus trabajos.

—Teresa —le decía a su mujer—, vamos a ver si ya los cangrejos dejaron sus nidos.

—Ya voy, Berto —contestaba ésta, y ambos bajaban a la playa y buscaban al pie de las palmeras, entre las plantas de orquídeas.

Me preguntarás: ¿qué tienen que ver los nidos del cangrejo Birgo con los tejidos de Berto?... Dejemos que él mismo nos cuente:

—Este es mi secreto, Teresa —le decía a su mujer mientras recogían nidos—, los cangrejos arrancan la fibra que cubre los cocos y la ablandan hasta dejarla convertida en suaves hebras con las que fabrican sus nidos.

—Y tú utilizas esa fibra suave en vez de la fibra dura del coco para hacer tus tejidos —decía Teresa, que admiraba la habilidad de su marido.

—Así es —contestaba orgulloso el tejedor.

Durante la primavera la playa se cubría de orquídeas rojas y los Chupamieles, unos pequeños pajarillos, revoloteaban junto a las flores, tomando su néctar.



Lo que no sabían Berto y Teresa, es que los Chuparnieles, además de tomar el néctar de las flores, permitían la polinización de las orquídeas, pues sus cabecitas se impregnaban del polen de las flores, transportándolas hasta otras.

Las semillas de orquídeas caían en las grietas de los troncos, y la planta crecía luego arrastrándose por la arena.

A su vez, los Chuparnieles construían sus nidos en las palmeras de uno y dos años, pues a estos pájaros no les gustaban la dureza de las hojas de los árboles viejos.

—¿Qué haríamos nosotros sin las palmeras? —había preguntado en cierta ocasión Teresa.

—Mejor ni pensarlo —había respondido Berto—. Sin las palmeras no tendríamos los cocos ni los nidos de cangrejo..., mejor ni pensarlo.

¡Pero estaban los Dodos! —¡Berto..., Berto...! —gritaba Teresa cuando divisaba alguno—, ahí hay otro de esos pajarracos...

Y Berto, armado de un garrote, salía a perseguir al Dodo y lo golpeaba hasta matarlo.

¿Quieres saber por qué Berto los mataba?

Pues porque el Dodo se tragaba de un bocado los cocos que tanto necesitaba el tejedor.

El Dodo, grande como un pavo y parecido

a una paloma, corría y corría, pues no podía volar, pero como era muy torpe y pesado, siempre era alcanzado por Berto. Hasta que un día...

Sucedió que ya no hubo más Dodos. Berto los había matado a todos. No quedaba ninguno. Ya nadie se comería los tan preciados frutos de las palmeras. Ya no habría más problemas.

—¡Por fin! —le dijo Berto a su mujer—. Se acabaron los Dodos, no hay nada de qué preocuparse.

¡Pobre Berto! ¡No podía saber lo que sucedería!

Pasó un año... y todo parecía ir igual que de costumbre, pero algo llamó la atención de Teresa.

—¿Te has fijado, Berto, que no hay retoños de palmeras este año?

—¿Para qué te preocupas, mujer, si hay tantas palmeras? —le contestó el tejedor.

Al año siguiente sucedió lo mismo: ni un solo retoño apareció en el lugar. Entonces ambos se preocuparon un poco, pero como había tantas palmeras pronto olvidaron aquel extraño fenómeno.

Y ahora te contaré un secreto que ni Berto ni su mujer supieron:

Yo sé por qué no aparecieron palmeras nuevas en aquel lugar; es más, por qué desaparecieron las palmeras, pues los árboles se fueron haciendo viejos y fueron muriendo, y ningún nuevo retoño volvió jamás a aparecer.

No había palmeras nuevas porque no había Dodos.

Normalmente los cocos caen al suelo y después de un tiempo, como tú sabes, el embrión en su interior produce una raíz.

La raíz crece, y ¡plof! rompe la cáscara y se entierra en la arena y ¡plump! entonces un diminuto tallo verde sale al aire, y al cabo de un par de años otra gran palmera agitará sus hojas junto al mar.

Berto creía que así debía suceder.

—Ahí están los cocos, ¡no veo por qué no brotan —exclamaba indignado.

Pero las palmeras de la Isla Mauricio eran de otra especie; sus frutos, como sabemos, tenían la cáscara tan dura que la raíz, por más fuerza que hiciera, no lograba romperla...

y no habría brotado ninguna palmera...

Pero el Dodo... ¿Recuerdas que el Dodo se

tragaba de un bocado los pequeños coquitos? ¡Claro que él lo hacía porque era muy glotón! Y ahora te diré lo que ni Berto ni Teresa sabían.

El coco simplemente pasaba de largo por todo el sistema digestivo del Dodo. Allí los músculos trituradores y los jugos digestivos lograban reblandecer la dura cáscara, pero no la deshacían totalmente, así es que, finalmente, el coco era eliminado junto con todo el alimento no digerido y volvía a quedar en la arena.

Y recién entonces, ¡plof!, la raíz lograba romper la cáscara, ahora reblandecida, y se enterraba en la arena.

Y ¡plump!, un diminuto tallo verde salía al aire y muy pronto se convertía en otra hermosa palmera.

Como puedes ver, era el Dodo el que al tragarse aquellos frutos permitía que las palmeras se reprodujeran; desaparecieron los Dodos y no hubo palmeras nuevas.

Sin embargo lo terrible sucedió al tercer año...

—No he visto ningún Chupamiel esta primavera —le dijo Teresa a su esposo.

—Tienes razón, Teresa —respondió Berto—

Bueno, seguramente volverán el año que viene.

Berto no sabía que los Chupamieles no volverían. Tú sí lo sabes, pues sabes que ellos hacían sus nidos sólo en las palmeras de uno y dos años... y no había palmeras jóvenes, por lo tanto los pajaritos simplemente se fueron a otras partes.

Pero al irse los Chupamieles nadie polinizó las orquídeas, y al año siguiente tampoco hubo plantas de orquídeas. Y tampoco hubo nidos de cangrejos Birgo, porque estos cangrejos no encontraron las plantas donde hacerlos.

Y al cuarto año, cuando Berto y Teresa bajaron a la playa a buscar nidos de cangrejo para usar la fibra suave, no encontraron nada.

—Berto —dijo Teresa un poco asustada—, ¿qué habrá pasado? No hay ni un solo nido de cangrejo.

—Tienes razón, mujer, y esto sí es terrible, porque mis tejidos ya no serán los mismos de antes; no serán tan suaves ni tan hermosos.

—Y ya no te comprarán las esteras ni los sombreros —repuso llorando Teresa.

—¿Qué habrá sucedido? —se preguntaron ambos, sin saber que ellos mismos eran los

responsables de cuanto les ocurría por haber matado a los Dodos.

Ellos no lo sabían ni podían saberlo, pero tú sí lo sabes, así es que si ves alguno, cosa que no será fácil, sabrás por qué no se puede cazar un Dodo.

## ¡TODO UN GRANITO DE SAL!

**S**ocorro... socorro ¡Me han robado!

-Oíste eso, mamá. Alguien está pidiendo ayuda...

-Yo no escuché ningún grito -dijo su mamá.- Y ahora, tómate la sopa... ¡y no le echés tanta sal!

-Jjmmmm -murmuró la niña llenando la cuchara. Pero cuando la llevaba a la boca...

-Socorro..., socorro -volvió a escuchar.

Miró a su madre mientras ésta se alejaba hacia otro laboratorio. Aprovecharía su ausencia. Cerró con fuerza los ojos, la boca y hasta los oídos; apretó con fuerza los puños y comenzó a contar.

—Uno, dos y...

—En verdad había sido un día extraordinario. Por alguna razón ya olvidada, no había ido al colegio y, como tampoco podía quedarse sola en la casa, su mamá la había llevado al laboratorio en que trabajaba. Y ahora... ¡la posibilidad de una aventura!

—...dos ...y ...tres! Y comenzó a achicarse y achicarse, desinflándose como si fuera un globo, hasta quedar tan diminuta que nadie podía verla.

Lentamente abrió los ojos... ¿Dónde habría ido a caer esta vez? Se hallaba parada frente a un mar lleno de... lleno de... ¡Bueno!, lleno de nubecitas, grandes y pequeñas y de todos colores. A su espalda una alta cordillera color crema se alargaba hasta perderse de vista.

También allí flotaban o caminaban en pequeños grupos esas... nubecitas.

—¡Socorro, socorro..., me han robado mi capa



externa...! Y no voy a ser más Sodio...! –oyó entonces que gritaba una de esas nubes.

Era blanca como la plata y muy grande, y brillaba tanto que parecía como si tiritara de frío.

Alejandra se acercó a ella:

–¿Puedo ayudarte en algo? –respondió la nube–. Detén a esa Cloro ladrona que va arrancando...

Alejandra miró hacia el mar, efectivamente, una pequeña nubecita amarillo verdosa y muy opaca trataba de alejarse rápidamente. La niña se dispuso a correr, pero se le ocurrió que no sabía qué era lo que esa nube le había robado a ésta.

–Oye –preguntó–, ¿qué te robaron?

–El electrón que forma mi capa externa... –se extrañó ésta, y rodó un poco sobre sí misma como enfrentando a Alejandra–: Oye –agregó–, qué cosa más rara eres... no pareces un átomo... ¿Serás una molécula?...

–¡Oh, no! –sonrió Alejandra–. Soy una niña y me llamo Alejandra.

La nube brilló todavía un poco más:

–¡Ajá! –aceptó–. Y yo soy un átomo y me llamo Sodio.

Ahora ella se extrañó:

–¿Un átomo?... Yo creía que tenían otra forma...

–No, no mi querida jovencita, somos tal y como tú me estás viendo.

–¿Como nubecitas?

–¡Ay! ¡No! –exclamó Sodio un poco enojado–. Yo tengo un núcleo formado por protones y neutrones.

–Y yo tengo un sistema sanguíneo formado por un corazón y... –comenzó a explicar Alejandra para no ser menos, pero Sodio, bastante molesto, agregó: ...y luego tengo tres capas de electrones que giran muy, muy...

–No veo ningún electrón –lo interrumpió nuevamente la niña.

–¡POR SUPUESTO QUE NO LO VES! –gritó, furioso, Sodio–. Mira más atentamente: ¿qué ves?

Alejandra miró más atentamente:

–Tienes razón... veo unas capas transparentes y muy elegantes.

–Esas capas –explicó Sodio tranquilizándose tan rápidamente como se había encolezado– están tejidas por los electrones que se mueven a enormes velocidades alrededor de mi núcleo. Yo tengo tres capas, ¿las ves?

—Sólo veo dos —dijo Alejandra. Pero mejor no hubiera dicho nada, porque Sodio se acordó que le había robado una y se puso a vociferar:

—Me han robado mi electrón, ¡ya no seré más Sodio...!

—Yo pensé que teniendo tantos electrones, uno más, uno menos daba lo mismo —comentó la niña con un átomo de Hidrógeno que se había acercado a mirar.

—Así es —dijo éste—. Tu amigo Sodio con un electrón menos no deja de ser Sodio. Claro que si tuviera un protón menos ya no sería Sodio, sería un átomo de otro elemento... Déjame recordar..., sí, sería un átomo Neón... y si tuviera dos protones menos sería... sería...

—Basta, basta, ya entendí —lo atajó Alejandra—. ¿Y tú tienes sólo un electrón?

—Así es: un electrón y un protón.

—¡Por eso eres tan chico! —se burló ella.

—Pero tengo parientes más grandes —se defendió el pequeño átomo—.

Yo soy Hidrógeno Protio y sólo tengo un protón, pero Hidrógeno Deuterio tiene un protón y un neutrón en el núcleo, y Tritio tiene dos neutrones y un protón...

¿ves? —Así será —insistió la niña—, pero sigues siendo chico... aunque me da la impresión que sabes mucho.

—Es que he viajado, y además esos parientes que te mencioné viven en el Sol y en otras estrellas —dijo Hidrógeno, pero no pudo seguir porque un grupo indignado de Sodios comenzaba a reunirse a su alrededor.

—Oye —preguntó uno de ellos a la niña—, ¿cómo llegaste acá? Alejandra contó entonces que había oído gritos mientras tomaba la sopa—: ¡Justo le estaba echando otro poco de sal cuando...

—¡¡¡AAAJJJJAAAAA!!! ¡ENTONCES TU ERES LA CULPABLE! —gritaron los Sodios brillando intensamente.

Alejandra los miró sorprendida.

—¿Culpable yo? —se extrañó.

—¡Por supuesto! Nosotros estábamos tranquilamente viviendo como Cloruros de Sodio cuando tú...

—¿Cómo que? —interrumpió Alejandra.

—¿Por qué tienes que interrumpir siempre? —gritó Sodio—. Como Cloruro de Sodio, es decir, con nuestras señoras Cloros..., como sal. Y cuando tú echaste sal en la sopa, el agua que

hay en ella nos disolvió, nos separó a nosotros los Sodios de nuestras esposas Cloros... ¿ENTENDISTE?

Pero la niña, dándose cuenta de que los átomos Sodios eran muy enojones y explosivos y, además, muy numerosos, había preferido escabullirse calladita. Se fue entonces caminando a lo largo de la cordillera, bordeando siempre el mar. A poco andar, viendo varias piedras negras en la playa, decidió sentarse a descansar. Entonces sintió unos golpecitos suaves en una pierna: era una de esas nubes divertidas que parecían tener dos orejas como bolitas.

—¡Epa! ¿Qué haces? —le preguntó.

—Estoy tratando de hidratarte..., ¿acaso no eres un cristal de algo?

—No —explicó la niña—, no soy un cristal.

¿Qué querías hacer? —¡Qué pena! —lloriqueó la nube—. Como yo soy una molécula de agua quería introducirme entre tus átomos para hidratarte..., pero parece que estás demasiado seca, deberé pedir ayuda. Espérame un poco y volveré con muchas amigas.

—Pues yo creo que sólo eres un globo con orejas, y bastante ridículo.

—No son orejas, son mis dos átomos. Hi-

drógeno, y lo que tú supones un globo es mi átomo de Oxígeno; ya te dije, soy una molécula de agua...

—¿Molécula de agua?... sí, he oído hablar de ti... ¡Ah! ¡Por eso estas en esta sopa! —, ¿Sopa? ¡sopa!... ¿Tú te llamas sopa? —preguntó la molécula.

—No —rió Alejandra—, sopa es esto donde estamos... este mar, esa cordillera...

—¿Cordillera eso? ¡Eso es un fideo!

—¡Oh! —exclamó Alejandra—.

Nunca pensé que un fideo fuera tan grande. Pero hablaba sola, pues la molécula de agua ya había partido en busca de sus amigas.

En esos momentos la niña pudo ver también flotando en el mar átomos Azufre con su capa amarilla, átomos Fósforo, con capas rojas, átomos Hierro, Magnesio, Carbono como negras piedras, y otros muchos.

—Pensar que me los iba a comer a todos juntos —recordó, pero sus pensamientos se vieron interrumpidos por los gritos de los Sodios que se acercaban:

—¡Ahí está la culpable..., ella nos trajo acá y por su culpa hemos perdido nuestras esposas y nuestras hermosas capas blancas!

—¡Oh! ¡Jamás he visto tantos Sodios juntos! —exclamó Alejandra—. ¡Nunca más le echaré tanta sal a la sopa!

—Vamos —le dijo un átomo Nitrógeno que estaba junto a ella—. Sujétate de mí. Como soy un elemento gaseoso, trataré de ayudarte a escapar volando.

Alejandra no perdió un segundo. Con mucha fuerza abrazó al pequeño átomo Nitrógeno y ambos se elevaron poniéndose así fuera del alcance de los indignados Sodios.

—Debo hacer algo —pensó la niña—, me da pena verlos tan enojados.

—¿Hacia dónde te llevo? —preguntó Nitrógeno.

—Hacia allá —señaló la niña indicando una mancha amarillo verdosa—. Allá deben estar las señoras Cloros. Debo hablar con ellas.

Nitrógeno voló hasta situarse sobre los átomos Cloros.

—Escúchenme —gritó Alejandra desde lo alto—, quiero proponerles algo; un pequeño cambio.

—No nos interesa cambiar. Tenemos ocho electrones en nuestra capa externa; somos estables.

—Pero podrán tener los ocho electrones y además a sus esposos... —sugirió la niña—. ¡Y vale la pena! —agregó para convencerlas—, porque no hay nada tan lindo como el amor...

Algunas pocas señoras Cloros giraron para escucharla mejor. Ellas no tenían ocho sino siete electrones en su capa externa, porque no le habían robado un electrón a nadie:

—¿Cómo lo harás? —se interesaron.

—Las volveré a convertir en cristales de sal: así podrán estar junto a sus esposos Sodios y compartir el electrón con ellos... y tendrán ocho electrones... —agregó.

—Hay mucha, demasiada agua, no puede hacerse —dijo una de ellas.

—Déjame eso a mí —insistió la niña descendiendo—. Vengan, apilense sobre la palma de mi mano.

Las señoras Cloros aceptaron e hicieron lo que ella pedía; lo mismo logró que hicieran los Sodios, y entonces, cerrando los ojos y la boca, volvió a contar hasta tres y creció y creció hasta volver a su tamaño normal.

Muy despacito abrió la mano... ¡Había logrado su propósito!

Al secarse, los Sodios habían recuperado su electrón y las Cloros ahora tenían de nuevo a sus maridos. ¡Y ahí estaban, convertidos nuevamente en granitos de sal, en cristales de Cloruro de Sodio!

Su madre, que se acercaba con otro caballero, le preguntó:

—¿Por qué tienes sal en la mano? —Pero siguió de largo sin esperar la respuesta, pues el caballero le estaba hablando.

—Como usted sabe, colega —le decía—, sería sumamente interesante poder ver un átomo. Jamás nadie ha visto ninguno...

Alejandra, que lo había escuchado todo, sonrió:

—Eso es lo que usted cree, señor —dijo en voz baja mientras guardaba como recuerdo los granitos de sal en su bolsillo.

## ¿POR QUÉ LLORAN LOS SAUCES?

Carula paseaba junto al arroyo. Caminando, caminando, llegó hasta el viejo sauce, y como hacía bastante calor, aprovechó su sombra y se recostó entrecerrando los ojos.

El sauce contempló su tierna sonrisa.

—¡Hola! —le dijo.

—¡Hola, sauce! —le contestó—. ¿Cómo estás?

—Bien —respondió éste, porque era muy tímido; pero se notaba que no estaba bien.

–... Saauuce... –lo retó ella cariñosamente.

–Sí, sí, es verdad. Es que estoy muy apenado... –reconoció el sauce.

–Está muy apenado –repitieron las ramas que colgaban hasta el agua.

–Está muy apenado –repitieron las hojas redondas como monedas.

–¿Me puedes contar por qué estás triste?

–Te vas a aburrir.

–No. ¡Cuéntamelo como si fuera un cuento!

–propuso Carula.

El sauce calló un momento, recordando.

Las hojas, redondas como lunas verdes, dejaron de agitarse y las ramas dejaron de jugar con el arroyo para que el sauce pudiera pensar mejor...

–Hace mucho tiempo, un sauce crecía, junto a otros árboles, alrededor de una laguna. Pero no era como los que tú has visto, con el tronco retorcido y lleno de nudos: era un sauce esbelto; su tronco y sus ramas apuntaban directas al cielo... No como mis ramas que cuelgan... –y movió sus ramas colgantes.

Un día, un joven que pasaba por el lugar, viendo el agua tan fresca y clara, decidió tomar un baño.

–Yo hubiera hecho lo mismo –exclamó Carula–. Me encanta bañarme en agua fría.

–¡Pero cuidado! –prosiguió el sauce–, porque lo que esta joven no sabía, es que en el centro de la laguna, que era muy profunda, había un peligroso remolino que arrastraba cualquier cosa que se pusiera a su alcance.

“El joven entró al agua y comenzó a nadar, pero de pronto... se vio arrastrado por el remolino y comenzó a girar y a girar... y por mas esfuerzos que realizaba, no lograba escapar del mortal peligro”.

–¡Qué horroroso! –exclamó Carula espantada.

–Al principio, trató de alcanzar nadando la orilla, pero al ver que esto le era imposible, comenzó a gritar pidiendo ayuda: “¡Socorro... socorro!”, gritaba. “¿No hay alguien que me ayude. ¿Nadie me escucha?”

Pero nadie respondía porque no había nadie; sólo estaban los árboles alrededor de la laguna.

Cuando por fin comprendió que estaba solo, se dirigió al álamo y le pidió:

“Álamo, álamo, por favor baja tus ramas para poder tomarme de ellas y escapar de este horrible remolino... ¡Por favor!...”

El álamo no respondió.

“¿Sabes?”, insistió el joven, “el otro día yo mismo planté una corrida entera de álamos...”

Si no me ayudas... ¿cómo voy a seguir plantando?” Entonces el álamo habló:

“¿Y por eso he de ayudarte? ¿Acaso tú vendrás a ayudarme cuando llegue el leñador y me corte para usar mi madera?... Porque para eso me plantan ustedes, los hombres; para cortarme cuando estoy en la plenitud de mi vida”.

Dándose cuenta de que el álamo no le ayudaría, el joven le pidió al aromo:

“Aromo, aromo”, le dijo, “ayúdame a salir de esta laguna... Me estoy ahogando...”. Pero el aromo no le respondió.

Y volvió a pedirle: “Aromo, a ti ningún leñador te vendrá a cortar para usar tu madera... Y ¿sabes? Yo siempre riego el aromo que crece frente a mi ventana... Si no me ayudas, ¿quién seguirá haciéndolo?”

“¡No, no..., no es así!”, se negó el aromo. “Tú me riegas sólo para arrancarme después mis flores..., ¡mis hermosas flores!”

Entonces el joven le pidió al boldo que lo salvara, pero éste se rehusó a ayudarlo

haciéndole notar que los hombres le quitaban continuamente sus brillantes y verdes hojas. Tampoco el palto quiso ayudarlo; a él los hombres lo despojaban de sus frutos.

Mientras tanto el remolino seguía girando y girando y arrastrando cada vez más al joven, cuyas fuerzas ya se agotaban.

Sólo quedaba un sauce...

“Sauce, sauce”, llamó el joven cuando ya casi había perdido las esperanzas de salir con vida de aquel implacable remolino: “sauce, por favor ayúdame... Baja tus ramas para poder agarrarme de ellas... No dejes que me ahogue... Sauce, sauce...”

El sauce, que hasta ese momento había estado distraído mirando junto con su tronco y sus ramas hacia lo alto, y que no había visto al joven, lo oyó, y viendo el peligro en que se encontraba, sin pensarlo dos veces inclinó sus ramas hasta que tocaron el agua para que él las alcanzara. Pero era un muchacho robusto y, una vez que se hubo aferrado a ellas, el sauce tuvo que hacer mucha fuerza para sujetarlo.

Su tronco se dobló una y otra vez, quedando entero retorcido y las ramas se inclinaron tanto

con el peso, que no pudieron volver a levantarse para apuntar, como antes lo habían hecho, hacia el cielo... Ahora quedaron colgando, como agotadas...

—¿Y el joven? —preguntó Carula.

—El joven... ¡ah!... Pero mira lo que pasó... Los álamos siguieron creciendo derechos hacia el cielo, los aromos siguieron floreciendo con sus flores amarillas, los boldos siguieron teniendo hojas brillantes y los palto cargándose con grandes frutos, pero nosotros los sauces...

—Pero ¿qué pasó con el joven? —volvió a preguntar Carula.

—Nosotros cambiamos —continuó el sauce sin oírla—.

Nuestros troncos se torcieron y las ramas quedaron colgando... —Y suspiró tan profundamente que todas las florecitas de los alrededores se agitaron.

—¿Y estás apenado por tu figura? —preguntó la niña, sin poder creerlo.

—Por eso y porque no servimos para nada —afirmó con pena el árbol.

—¡Un momento..., un momento! —se enojó Carula levantándose y caminando de un lado

para otro mientras hablaba—, me vas a decir que porque cuatro necios y egoistas árboles no fueron capaces de hacer una buena acción, ¿tú sientes pena?

—No, no es eso... —trató de explicar el sauce; pero la niña continuó:

—Has de saber que lo que ellos dijeron como disculpa para no molestarse en ayudar al joven no es cierto. ¡No, señor! Claro que es posible que algunos hombres planten álamos sólo para usar después su madera, pero también es cierto que muchos otros, o incluso ellos mismos, los plantan además para formar hermosos parques y alamedas.

—¡Ah! —se asombró el sauce.

Pero Carula estaba tan enojada que no lo escuchó.

Siguió hablando:

—...Y si algunos cortamos las flores de los aromos o sacamos hojas del boldo o frutos del palto, ya sea para adornar nuestras casas, o como remedio o por lo sabrosos que son, siempre tenemos mucho cuidado de que el árbol no se estropee, que no le pase nada. Y para eso lo cuidamos, lo desinfectamos, lo regamos...

—Bueno —reconoció el sauce—, es posible

que tú tengas razón, pero eso demuestra que yo también la tengo... ¡Yo no sirvo para nada!

Carula se puso entonces a reír y su risa era tan contagiosa que todas las hojas, redondas como luna llena, rieron con ella.

El sauce estaba desconcertado.

—¿Qué crees que estoy haciendo aquí, debajo de tu follaje? —le preguntó la niña.

—Te has recostado a descansar aprovechando mi sombra —respondió éste, dándose cuenta de que no era inútil, después de todo, que sí servía para algo. Y recordó que no sólo los hombres y los niños, sino también muchos animales, buscaban refugio bajo sus ramas.

—Así es —aseguró la niña—. Tu sombra es muy acogedora, pero debes saber que tú mismo, con tu tronco de formas caprichosas, y con esas ramas que cuelgan sobre los arroyos y lagunas, ayudas a hacer más lindo el campo y si... —pero se interrumpió al ver que el sauce se había puesto a llorar—. ¡No seas tonto! —lo retó—. ¿No me digas que todavía tienes pena?

—No, ¡snif!, no —contestó entre sonrisas y sollozos el sauce, mientras cada una de sus redondas hojas se iba convirtiendo en una

lágrima alargada—, ahora lloro, ¡snif!, porque estoy contento, ¡snif!

Y las hojas se iban alargando y parecían caer como lágrimas desde las ramas colgantes hasta las aguas del arroyo.

Pero no eran lágrimas de pena: eran de alegría, de alegría de saberse querido y necesitado.

—¡Bah! —se rió Carula—. ¡Eres un sauce llorón — y tomando una rama se hizo una linda corona, y se fue, preguntándose qué habría sido de aquel joven de la laguna...

## A CAZAR UNA MOSCA

---

**E**l mundo grande y profundo de los lagos y mares, o el pequeño de las charcas y pozas tiene un límite desconocido para casi todos nosotros. ¿Saben cuál es?

Es la superficie del agua.

¿Y sabes por qué?

Porque mirando desde abajo, desde donde miran los peces y todos los animales que viven allí, parece que hubiera un gran espejo que refleja su propio mundo acuático, sin permitirles ver hacia arriba.

Para ellos no existe nada más que el agua; no existe ni el aire ni la tierra...

Pero Fog, el sapo, siempre sintió que esa charca en que había nacido no podía ser todo. Presentía que tenía que haber algo más...y ésta es su historia.

Había una vez... una sapita que vivía cerca de una poza. Una tarde de primavera se metió en ella y puso cientos de huevos, todos muy blandos porque no tenían cáscara. Los huevos quedaron flotando en racimos cerca del fondo.

Entonces un sapo pasó por allí y dejó caer una enorme cantidad de diminutos espermatozoides que penetraron en los huevos sin cáscara y los fecundaron.

Y todo esto sucedió en el fondo de una charca cordillerana una calurosa tarde de primavera.

Así fue como nació Fog: de un huevo de su mamá sapo fecundado por un espermatozoide de su papá sapo, a quienes él nunca llegó a conocer.

Lo que sí sabía es que había tenido mucha suerte. ¿Quieres saber por qué?

Pues porque de los cientos de huevos, sólo

unos pocos sobrevivían, ya que la mayoría eran devorados por los animales que allí vivían.

Por eso Fog había tenido suerte... él seguía vivo...

Pero en verdad Fog no recordaba nada de aquello. Sus primeros recuerdos eran...

—¡Oh, sí!... ¡qué ridículo! —se dijo, pensando en voz alta. Se apoyó sobre una piedra y comenzó a recordar...

Se vio a sí mismo como un diminuto pececillo nadando por entre las plantas y los musgos, junto a otros pequeños peces. ¿Cómo podía él saber que no era un pez?

Tenía cara de pez; tenía cola de pez; agallas y hasta aletas de pez..., por eso era lógico que se creyera un pez.

Fueron hermosos días aquellos. Es claro que también hubo problemas, como por ejemplo esa vez en que una enorme culebra llegó a la poza. ¡Uf, qué susto!, menos mal que alcanzó a esconderse debajo de una piedra, y semicubierto por el lodo del fondo se quedó quietecito hasta que la culebra siguió su camino por el arroyo abajo.

Cada cierto tiempo, él miraba hacia arriba y veía su propia imagen reflejada en ese espejo,

la superficie del agua, donde su mundo terminaba. No podía ver nada más allá.

Y siempre pensaba: "¿Habrá algo al otro lado del espejo?" Pero como ninguno de sus amigos peces tenía interés en averiguarlo, pronto se olvidaba y volvía a jugar con ellos.

Entonces llegó ese día terrible... "¡Qué espanto!", recordó, y un escalofrío recorrió su cuerpo:

De pronto sus dos aletas delanteras, en vez de crecer como las de sus amigos, se transformaron en... ¡Oh, no!... en dos pequeñísimas patas que luego fueron creciendo y creciendo.

¡Cómo se rieron todos de su aspecto! Pero su transformación no se detuvo allí; muy pronto, siguió recordando, le aparecieron dos patas atrás y la cola se fue haciendo menor a medida que él crecía, en vez de crecer como la de sus amigos peces.

Sin embargo él seguía nadando por la charca, mirando algunas veces hacia el espejo y soñando con el mundo que allá podría haber.

Hasta que una mañana... El recuerdo de tanta angustia lo hizo estremecerse sobre la piedra en la que estaba sentado.

—A... mi... gos... —llamó con voz entrecortada—, no pue... do... res... pi... rar. Me a... ho... go..., me es... toy... mu... riendo...

Y todos sus amigos, aunque ya no jugaban tanto con él desde que había comenzado a hacerse diferente, se acercaron apenados y sin saber qué decir.

Un pez muy anciano nadó cerca de él y le dijo:

—Oye, Fog, no te alarmes tanto, lo que sucede es que estás perdiento tus agallas y por eso se te hace difícil respirar en el agua.

—Pe... ro... ¿qué ha... ré?... —suplicó Fog.

—Todos se han reído de ti porque siempre imaginaste que había algo más allá de la superficie del agua de nuestra poza. Pues ahora podrás comprobarlo por ti mismo. He visto antes a otros renacuajos como tú salir de la poza y desaparecer. ¿Qué ha sido de ellos? No lo sé, sólo sé que no han vuelto.

—En... ton... ces... pre... fie... ro no sa... lir —musitó Fog.

—Me parece que no tienes elección —replicó el sabio pez—. Si te quedas morirás, porque no podrás seguir respirando.

Y Fog, dándose cuenta de su situación, aun-

que con un miedo atroz, hizo lo que el anciano pez le indicaba.

Usando sus patas se arrastró hasta una orilla y levantando la cabeza cruzó la superficie asomándose fuera del agua.

¡Qué impresión!

¡Qué belleza diferente!

¡Qué mundo maravilloso!

Fue tanta la emoción que hasta se olvidó que se había sentido ahogado y respiró normalmente, e incluso gritó:

—Croac, croac —y subió caminando por el suelo húmedo de la orilla y respiró profundamente y saltó y saltó descubriendo sólo cosas nuevas en ese mundo fantástico.

En muy poco tiempo el resto de su cola desapareció permitiéndole dar saltos más y más largos...

“Y así”, pensó, “me convertí en un sapo y me alejé de esa charca y conocí muchas otras...” —y despertando de sus recuerdos— croac, croac —dijo y estiró la lengua y cazó un mosquito.

Era una tarde calurosa de primavera y Fog decidió darse un remojón para humedecer su piel.



Se tiró a la charca junto a la cual estaba vi-  
viendo y nadó un rato bajo el agua. Entonces  
vio una pequeña sapita echada en el fondo,  
poniendo cientos de huevos.

–Vaya –se dijo–, seré padre –y se dirigió  
hacia ella y nadó sobre los racimos de huevos  
dejando caer muchos espermatozoides...

...y se fecundaron los huevos  
y nacieron muchos sapitos  
y como este cuento nunca acaba,  
lo dejo por ahora  
porque me voy a cazar  
una mosca y un mosquito.

